

Roberto de las Carreras

Don Juan

(Balmaceda)

DEDICATORIA

¡ DE RODILLAS, CORAZÓN DE AMÉRICA!

¡Coronamos ¡oh audaces! de mirtos lisongeros la
sombra fulguradora de Balmaceda triunfante, caído
con el perfume de la dicha en los labios invencibles
y en los deslumbrados ojos!..

¡Salve, bravo! ¡Salve, Don Juan! ¡Te hizo ausen-
cia en el flanco la magnánima espada para defen-
derte del Alevé, para fulminar al Traidor, para inmolar
todo obstáculo en homenaje á la grandeza de tu
brío reconocida por la Belleza arrodillada!

¡Salve, bravo! ¡Salve, Don Juan! ¿Que cosa es
morir cuando se ha logrado la vida en un minuto
cegante como la luz del acero de las espadas, como
las ráfagas del valor del que fuiste un predilecto!..
¡Oh exaltado de una progenie de héroes, tu recogiste en
el seno de la leona Waddington el laurel magnífico
de tu abuelo redentor!

¡La gloria de los besos te ungió las sienes tem-
bladoras, embebidas de ensueños, palpitantes y aladas
de evocaciones!

¡Salve, oh insuperable, extasiado ante la fosa pro-
metida por la solapada iracundia de los que no tuvieron
potestad de herirte en lid igual, de empuje clamorosa!

La traición es el pedestal de los héroes, es el galardón de sombras estrelladas frente al cual delira la impotencia de los viles. ¡Tu te hiergues, olímpico, sobre la inicua perfidia de tu cobarde agresor!

Tu no podías ser herido en lid igual y clamorosa por los viles: ¡eras héroe!

¡Anhelante! tu has sentido el clamor de la raza en el arrebató de tu corazón triunfal sobre el seno de la Waddington feliz!.. ¡La sangre tiembla y te agradece el grito de ilusión del sexo!

Fuiste en vano masacrado. Ella no olvida. Tu eres el inmortal de su corazón, el espectro fúlgido de sus ojos, la evanescencia dorada de sus nostalgias celestes... ¡oh creador de ambrosias y de suspiros en los labios de la Belleza!

¡Soberbio! ¡tu has encarnado la épica del sexo!
¡Caballero cumplido de la Muerte, Señor de los peligros; ¡altivo sin rival que donaste á los protervos el rol de sepultureros tuyos, que les diste tu fosa á cavar!..

¡Magnífico! Fuiste amado. Eras digno. La mujer soberana, en tus labios, al valor hizo justicia. El beso de la gloria y de la muerte te fué ceñido por la mujer soberana. Si en la tumba recuerdas no estarás arrepentido...

La vida no es el desfile monótono de las rutas. Es la pujanza inconcebible del instante raudo que destruye en los ojos la sombra, que relampaguea en el hondo corazón con la pujanza de un acero que lo traspasa. Más allá... ¡á que vivir, Don Juan!

Cuando la fúnebre paradisiaca quería ceñirse á tí para siempre, tú respondías, ¡oh soñador del beso intangible conservado en los labios como un perfume

sin término, como una supervivencia ideal, como una entonación de cielos apurados en las venturas dormidas! á que borrar la hora consagrada á las divinidades que pasan, porque anhelo condenar la caricia del vuelo fugitivo de esa divinamente leve ilusión, porque profanar y confundir con el polvo de los caminos vulgares el polvo de oro de las alas del homenaje del Sueño con que fueron incensados los labios batientes de apolíneas plegarias y los radiantes ojos confusos por el vaiven de los éxtasis!

Morir, no atentar á la Ilusión que sobre tu sepulcro se desvanece, agradecida... que avasallas desde el fondo de tu eterna gloria ¡Don Juan!

Tu sepulcro está cernido de caballeros que te guardan con un flamear en la sombra de las espadas en que chocan los lampos vagos de las estrellas. Ellos arrastran á manera de impávidos recuerdos los Penachos retadores, los munificentes atavíos, las capas de las ambrosias deslumbradoras del sigiloso triunfo perfumado. Son telas rosadas color de las despedidas en los balcones asomados á las Auroras, en los que el último beso echa á volar del rubor de la belleza al rubor del día temblante que saluda. Son capas, ondas celestes que llevan pintadas las nostalgias de aquellas á quienes el beso caballerezo dejó los ojos vagabundos, trazando en ellos al abrigo de los párpados y de los velos la estela del cariño del Olvido. . .

¡Y resuenan los besos esplendorosos como soles de los labios, los brindis de las chocadas bocas, concedidos como blasones; que logrados fueran con épicas pujanzas, inmunes cuarteles del Amor heráldico! ¡Y tiemblan de ambición las plumas y se desatan las copas en solaces con ansias de sentirse mulli-

das bajo la huella de las trémulas conquistadas ! ¡Y las espadas amanecen para infligir las derrotas del excitado orgullo á los que osen disputar el lauro! Y se ciñen los entrecejos magníficos á los enlutados desafíos de los ojos ¡y el nombre de Don Juan dicen los aires y en los astros el nombre de Don Juan se escribe!!

La gloria de Don Juan tú la compartes ¡oh, ru-giente, oh dulce, oh elejfaca por amor del heroe! Tú eres del Arte, tú eres del Dolor y de la Gloria... ¡Constelación de llanto!

Perfuma con la túnica de cielo del póstumo desva-río... ¡oh magnificadora de la ilusión del hombre, oh salpicada en los labios ungidos por los labios y por los ojos de tu amante que ¡cuanto los miraron antes de besarlos!... con la sangre querida que se enlazaba fragorosa, hirviente, con la sangre tuya cuando, cie-ga, amabas!

Para tí también el lauro, ¡oh aciaga!... Lloro, nada arrebatará la delicia que tu corazón conquistó ¡oh conquistada!

Apaga los párpados, llenos con el numen de las horas calladas que trazaron el rumbo sideral de un imborrable mensaje, para contemplar en el secreto de los velos mecedores á Don Juan...

¿Oyes?... El arrulla en la lejanía de tu alma... ¡El te ofrenda desde la fosa cavada por tu hermano, ¡vengador sin hidalguía! el más tibio, el más hondo y cundiente de sus besos!...

Sueña... ¿No gustas como un solaz de miel en los labios vagos y solos?... Evoca, ¡oh venturosa! ¡Revive la hora tembladora de tus súplicas cuando sus ojos profusos, perdidos sobre los tuyos, respi-

raba locamente tu afán!... Bebe... trémula, el caliz de las delicias huérfanas que te depara el recuerdo sagrado... El no te hace traición. Él es fiel, ¡oh tierna! él es todo Don Juan... Llévalo á los labios y al corazón... ¡apúralo! ¡apúralo!

¿No sientes como un mullir del silencio? ¡Es él que se acerca, es él que tiende los brazos y se apodera de tí en la sombra para arrebatarte á una luz inconcebible que antes no soñaran jamás tus ojos frente al día!

¡Oh elegida! ¡oh radiante! tiembla, sueña, fuiste feliz, fuiste suya. Fuiste suya, todo fué tuyo. ¿Sientes ondular en tu oído la canción de los perfumes? ¡Se derraman imperiosamente los perfumes en imperce-dero holocausto al Caballero de la Muerte, al bravo que te amó!

Sobre tí hay un gesto de imperio inolvidable. Fuiste consagrada por la victoria del hombre. El sexo tuyo que en tu alma y en tu sangre vocea un tempestuoso clamor, ¡te invita á tenderte en lauro póstumo al que supo robarte el fuego de los cielos que guardaba tu corazón, á evocarlo en las sombras transparentes, á gritar, si es posible, su nombre en otros besos!

Estrecha poderosamente los brazos... ¡Lo sentirás latir!.. Contempla: aparece. Es él el nimbo de tus ojos y la ilusión de tu pensamiento. ¡Por él fué tuya la vida y vivirás por él!

Leona, ¡en tí clamó la raza su más llameante alarido!

¡Ah! Don Juan, todo tu amor, ¡por tu amor fué masacrado!..

Tu dolor... apenas á él tento acercarme. Flor de grandeza, es un dolor sagrado.

Eres del Arte, eres de la Tragedia, ¡oh, coronada de espinas tan cruelmente que las espinas lloran al herirte!

¡Oh, que todos los bravos y todos los tristes te den un girón de su alma para ayudarte á sufrir!

¡Él era todo tu amor y por tu amor fué masacrado... ¿Tiembles? Con la sonrisa suya más inspiradora de los solaces radiantes de tus ojos, él, ¡en la fosa que le cavó tu hermano, vengador sin hidalguía, adormido como en tus brazos, te perdona, te agradece haber sucumbido por tí, glorificadora, deparadora de su victoria que la muerte — solo supo arrastrarse — es impotente á extinguir! Lauro de sus sienes, guirnalda de su tálamo, conquista ineludible de su imperioso destino, profecía de su corazón de auroras, épica audacia, arrebató sollozante ¡cuando á los rivales del recuerdo él hubiera querido inmolar y la Muerte le aparecía para él y para tí como el deslumbrador encono de los celosos quererés! ¡Oh, tu león!..

Tiende para velar esa mortaja todas las luces de tu alma ¡oh, tú, que le esperabas, pese á su ambicioso corazón, predestinada á su embeleso único, á semejanza del instante de arrebol de un horizonte que aún no ha sumerjido el Astro!

¡Salve, guirnalda del Tálamo, gloria del que no ha vencido la muerte; salve á tí y á Don Juan!